

do de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces. Y ruego por caridad á quien leyere este libro, que reverencie las palabras y letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien y verá que no hay qué enmendar, y, aunque no lo entienda, crea, que quien lo escribió lo sabía mejor, y que no se pueden corregir bien las palabras, si no es llegando á alcanzar enteramente el sentido de ellas, porque si no se alcanza lo que está muy propiamente dicho, parecerá impropio, y de esta manera se vienen á estra-
gar y echar á perder los libros.

 PRÓLOGO

DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS,

 AL LECTOR.

JHS.

1. Pocas cosas, que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan dificultosas, como escribir ahora cosas de oracion; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo, lo otro, por tener la cabeza tres meses há con un ruido, y flaqueza tan grande, que áun á los negocios forzosos escribo con pena: mas entendiendo (1) que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas, que parecen imposibles, la voluntad se determina á hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad continúa y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradiccion suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas, por hacerme merced, en cuya misericordia confio. Bien creo he de saber decir poco más que lo que dicho en otras cosas, que me han mandado escribir; ántes temo que han de ser casi todas las mismas, porque así como los pájaros que enseñan á hablar, no saben más de lo que les muestran ú oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pié de la letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo, su Majestad lo dará, ó será servido traerme á la memoria lo que otras veces he dicho, que áun con esto me contentaria, por tenerla tan mala, que me holgaria de atinar á algunas cosas,

 (1) En las ediciones anteriores decia «entiendo».

qué decían estaban bien dichas, por si se hubiesen perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no saque ningún provecho. Y así comienzo á cumplirla hoy día de la Santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de San José del Cármen de Toledo, adonde al presente estoy; sujetándome en todo lo que dijere al parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere, que no vaya conforme á lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia, y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado á ella. Sea por siempre bendito, amen, y glorificado.

2. Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monasterios de nuestra Señora del Cármen tienen necesidad, de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía, que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijese, tiene entendido, por esta causa, será de alguna importancia, si se acierta á decir alguna cosa, y por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere: y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso á otras personas: harta merced me hará nuestro Señor, si á alguna de ellas se aprovechara para alabarle algún poquito. Mas bien sabe su Majestad, que yo no pretendo otra cosa: y está muy claro, que cuando algo se atinare á decir, entenderán no es mio, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.

PRIMERAS MORADAS.

CAPITULO I (1).

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas: pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entenderla, y saber las mercedes que recibimos de Dios, y cómo la puerta de este Castillo es oración.

1. Estando hoy suplicando á nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento; que es, considerar nuestra alma, como un castillo todo de un diamante, ó muy claro cristal, á donde hay muchos aposentos; así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sinó un paraíso, adonde dice Él tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sábio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderla; así como no pueden llegar á considerar á Dios, pues Él mismo dice, que nos crió á su imágen y semejanza.

2. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él á Dios, que del Criador á la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad, que es hecha á su imágen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión, que

(1) Hay en el original una línea borrada.